

LOS DOS CAMINOS.

Novela escrita en francés

POR

MATILDE BOURDON.

(CON LICENCIA.)

SEVILLA.

IMP. Y LIB. DE A. IZQUIERDO Y SOB.º,
Francos, núms. 60 y 62.

1833.



I.

En un mismo día, y casi á la misma hora, nacieron dos niñas. Al verlas parecían hermanas; y era de notar la semejanza que habia entre sus caras pálidas algo sonrosadas, sus ojos negros apenas abiertos, sus boquitas fruncidas como cintas de púrpura, y sus manecitas que se agitaban cual si quisieran reconocer el mundo al que venian.

Sin embargo, las dos niñas no se asemejaban en todo: una de ellas era la sexta hija de un pobre jardinero llamado Juan Filiberto, la otra era hija del conde de Vauvres, y su nacimiento, por mucho tiempo esperado, colmaba de alegría á su familia, que habitaba un vasto castillo cuyas torres feudales parecían proteger la pequeña casita que ocupaban Juan Filiberto y su dilatada familia.

Habiendo sabido la jóven madre que una niña acababa de nacer en la casa de su pobre vecino, rogó á su marido que fuese su padrino de bautismo.

Compasiva y piadosa, consideraba como el mejor medio de manifestar su alegría, prodigar por todas partes la caridad, y hacer así al cielo cómplice de sus esperanzas.

En el mismo día las dos niñas fueron bautizadas con el nombre de Ana-Maria, y cuando la pequeña Ana Filiberto regresó á su casa, remitieron del castillo el regalo del padrino, que consistia en un precioso canastillo de ropa para la niña, y vino y provisiones para la familia.

La infancia de las dos niñas correspondió á este primer día. Educáronse juntas, aunque no de la misma manera, y se veían siempre en los mismos lugares. Ana rebotaba de júbilo cuando iba á casa del jardinero á jugar en la pequeña huerta que habia detrás de la casita, y correteaba por entre las colmenas donde entraban y salían las activas, zumbones y solícitas abejas, ó daba de comer á las gallinas y palomas, llevaba manojos de yerba á la cabra y procuraba cojer cangrejos en la rápida corriente del arroyo que circundaba la casita de Filiberto. Esta vida rústica, estas tareas campestres divertían mucho á la niña, y prefería el vasto horizonte que descubría por encima de la valla del jardincito á las hermosas alamedas y risueñas perspectivas del parque de su padre. Pero también llevaba en pos de sí al castillo á la pequeña Nancy, nombre familiar que habían dado á su compañera, jugaban juntas sobre el aterciopelado cé-

ped á orillas de los estanques y en los pintorescos kioscos que embellecían el aristocrático castillo. ¡Cómo se alegraban, cuando iban á ver los faisanes y daban de comer á las ciervas domésticas que acudían al ver á las niñas, y alargaban sus finas cabezas con su mirar penetrante y dulce, y se asustaban un poco al ver nadar á los cisnes con aspecto casi amenazador y orgulloso!

La Condesa de Vauvres aprobaba la íntima amistad de estas niñas, cuyas cunas Dios había reunido y separado á la vez. Aún hizo más. Débil y enferma, se propuso dar todos los días á Ana y á Nancy una lección de lectura y religión: sentábase en un gran sillón á causa de su poca salud, y las niñas decían alternativamente la lección, y se acercaban para oír los pasajes de la Historia sagrada, que les refería con fé y claras palabras. Bien pronto se apercibió que no era igual la inteligencia de sus discípulas: Ana tenía un talento dócil y profundo que se asimilaba pronto el alimento intelectual; Nancy comprendía con sumo trabajo el arte difícil de la lectura. Se equivocaba muchas veces, confundía vocales y consonantes, y con sumo trabajo conseguía unir dos sílabas.

Convencida la niña de su inferioridad, decía á la Condesa:

—Madrina, mejor quisiera batir mante-ca ó escardar el jardín, que estar viendo siempre esas letras negras: ¡es tan difícil

aprenderlas!

—Cuando sepas leer, Nancy, podrás rogar mejor á Dios, y te daré un bonito devocionario.

—¡Oh! entonces, quiero aprender... vamos, voy otra vez á deletrear.

Y volvía á empezar otra vez su penoso trabajo, pero así que la señora de Vauvres refería una historia de los Patriarcas ó de los Profetas, hablaba de los santos amigos de Dios, y sobre todo del Niño Jesús y de su santísima Madre, enseñándola la tierna égloga del Pesebre ó el drama interesante del Calvario, redoblaba su atencion; sus ojos se humedecían, comprendía con el corazón, y podía exclamar como aquel anciano labrador que, á pesar de estar atento, no comprendía el sermón sabio é ilustrado de su obispo.

—¡El alma entiende!

Ana también se complacía con las historias bíblicas tan interesantes á los jóvenes, pero no se entusiasmaba como su compañera; y con talento y memoria superiores á Nancy, no lloraba como la paisanita cuando le contaban la fe y obediencia de Abraham é Isaac, la bondad fraternal de José, la magnanimidad de Moisés el amigo de Dios, la piedad del joven Samuel, el cariño filial de Ruth, el sublime arrepentimiento de David, el heroísmo de los Macabeos, la fortaleza de los mártires, la soledad y oración de los anacoretas, y el sacrificio de las vírgenes consagradas al Señor. Esta niña no podía expresar lo que

sentia cuando su corazon rebotaba en amor á Dios, en deseos de servirle, y en santa envidia á los que tanto habian hecho por el buen Maestro: los hechos evangélicos llenaban su imaginacion de personajes celestiales, y se ocupaba en estos pensamientos, aun cuando apacentaba las cabras de su padre, ó paseándose junto á las vallas de Vonvray, no lejos de las crillas del bello y pintoresco Loire, hilaba su rueca como las santas pastoras Geneveva ó Juana de Arco.

Ana, más adelantada é inteligente, en vez de complacerse en los pensamientos uniformes que se proponen un solo objeto, como Dios, sus misterios y su ley, leia mucho y se apasionaba por los personajes hermosos de la historia, que caracterizan su época y representan ante los hombres la grandeza, la gloria y algunas veces la virtud. Le agradaba cuanto habia brillado en el teatro del mundo, y contaba á su amiguita las hazañas de los héroes que admiraba su juvenil imaginacion.

Pero Nancy no la comprendia, y extrañaba que se hiciesen tantos esfuerzos por dominar en Atenas, Roma ó Paris; que se encomiase mucho el talento de haber compuesto hermosos versos (¿sabia acaso lo que eran versos?), y cuando Ana concluia uno de sus relatos históricos, le decia ingenuamente:

—¿Y qué han hecho todos estos grandes personajes por nuestro Dios?

Así trascurrió la infancia de Ana y Nan-

cy: aproximábase el día de su primera Comunión; las dos se dispusieron con sencillez y candor, aunque la fé de Nancy era más viva que antes, y su alma rebotaba en fervor durante los ejercicios que hacían las dos niñas con la señora de Vauvres.

—¡Yo recibir á Dios! decía muchas veces: ¡una pobre aldeana! ¡Señor! ¿es posible?

Ana tenía fé, pero esta virtud íntima tan sobresaliente en Nancy no la conmovía interiormente: los ejercicios le parecían pesados y fastidiosos; la contrariaba mucho que el Catecismo interrumpiese los otros estudios, y consideraba la primera Comunión como un deber religioso y de buena educación que era bueno practicar: Nancy veía en tan hermoso día el don más excelente de la vida. Algunas veces ante su alegría y piedad decía suspirando la señora de Vauvres:

—¡Dichosos los que llevan desde su juventud el yugo del Señor!

Y miraba con inquietud á su hija, y exclamaba mentalmente:

—¡Dios mio! ¡que sea vuestra!

El gran día llegó. Arrodilladas junto al altar las dos jóvenes, recibieron la Hostia divina, prenda del amor de Dios al mundo. Ana se conmovió y sintió aquella emoción interior que experimentan siempre las almas inocentes cuando Dios llama á la puerta de sus corazones; pero al ver la actitud y el llanto de Nancy, se adivinaba fácil-

mente que algo indecible pasaba en su interior. No podría tampoco expresarlo, y faltábanle palabras é imágenes para traducir su emoción, porque sus facultades aún estaban sin desarrollarse.

Y si la hubiesen preguntado qué sentía y qué deseaba, sólo hubiera dicho:

“Amo á mi Dios y quiero servirle,” palabras que resumían todos sus deseos y afectos.

La condesa de Vauvres asistió á esta interesante ceremonia de la primera Comunión que tanto anheló ver: pero fué el último acto público de su vida, que iba extinguiéndose lentamente. Sufria con paciencia y resignacion angelical las fases de una penosa enfermedad, cuyo fatal término estaba previsto, y agobiada de dolores sólo se ocupaba de los que amaba.

Su hija, á quien tanto queria, la preocupaba completamente: buscábala con la vista, y una leve sonrisa se dibujaba en sus pálidos labios cuando su amada hija procuraba aliviar sus padecimientos; llamábala al despertarse; y cuando rezaba, que lo hacia siempre, la pobre madre moribunda más pensaba en su hija que en si misma. A estas demostraciones de cariño uniase alguna inquietud: la señora de Vauvres recelaba que el corazón de su hija, tan bueno y filial con ella, quizá no fuese un corazón cristiano, porque nada veía de la fé, de la sumision y de la humildad de las almas escogidas; y esta doble vista de las madres perturbaba la

tranquilidad de su muerte. Pero confiaba mucho en Dios; se sometía al divino Maestro como un niño á su padre, y con la confianza de los santos intercedía y oraba por su hija.

Lo que no puede el hombre, Dios lo puede y lo quiere, porque quiere que todos se salven.

Pasó el verano entre alternativas de temor y de esperanza, y en el otoño empezaron á declinar los días de la Condesa, como declina en el horizonte un sol pálido, y caen sobre la tierra las hojas secas. Agravóse su estado el día de Todos Santos, y oyendo la voz misteriosa que la convidaba á las bodas eternas, preparóse tranquilamente á la muerte.

Confesó al sacerdote sus faltas, muchas veces lavadas con lágrimas de sincero arrepentimiento; recibió como viático al Dios que había sido con frecuencia el huésped de su alma, y desde su juventud el compañero de su peregrinación, el amigo supremo de sus mejores y peores días; el óleo santo purificó sus miembros, dispuso algunas limosnas, y despues de despedirse de su infortunado esposo, hizo llamar á Ana, que cayó de rodillas sollozando.

—Amada niña, dijo la Condesa con voz débil y lentamente, voy á dejarte... me llama nuestro Padre, que está en los cielos... Allí nos volveremos á ver, Ana, y para siempre... Prométeme, hija mía, prométeme no olvidarte de Dios, que un

dia nos reunirá otra vez... Acuérdate de lo que te enseñó tu madre... Mira... me muero y todo lo dejo... pero la cruz de Jesucristo me consuela en estos momentos tan penosos para la naturaleza... ¡Oh! ¡no la dejes nunca! apóyate en ella... ¡Hija mia, sé cristiana!... ¿me lo prometes?

—¡Sí... sí... mamá, pero V. no se morirá!

—Que el cielo te bendiga como yo lo hago, hija mia, y que oiga tu promesa.... ¡Dios mio! os la doy...

No pudo concluir, y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, ya marcadas con el sello de la muerte. Interrumpian el silencio de la habitación los sollozos del Conde y de Ana, á los que se agregaba otra voz.

Era la de Nancy, que vino á postrarse ante el lecho de la moribunda, diciendo:

—¡Madrina, madrina! se vá V. al cielo... ¡oh! ruegue V. á Dios por mí...

—Sí... sí, respondió la Condesa con voz apenas inteligible, por Ana... por todos....

Y al decir estas palabras, juntó las manos y espiró tranquilamente. Las campanas propagaron la noticia de su muerte de aldea en aldea, resonando su fúnebre tañido sobre las orillas del Loire y los áridos cerros de Vonvray.

II.

La muerte de la Condesa produjo un cambio profundo en la vida de Ana. Su desconsolado padre no pudo ocuparse de

ella, y pasados los primeros días de duelo la confió á una institutriz elegante y muy literata, que excitó las brillantes dotes en la jóven, y la elevó hasta un grado eminente de ciencia y cultura intelectual. Pero esta institutriz elegante y aceptada por el padre no hubiese sido por la solicitud de una madre, cuyo cariño ve desde luego todo con claridad; y Ana perdió muy pronto en esta continua comunicacion, si no la fé á lo menos el fervor y candor de sus creencias. Ya no hacia sus oraciones, y las prácticas religiosas solo fueron para ella una fórmula que muchas veces no cumplia, porque el trato con Dios lo creia más molesto que el trato social, y poco á poco algunos malos libros completaron la ruina de su pobre alma. La institutriz no le consintió tener libros que alarmasen su modestia ó atacasen directamente la Religion; pero no la faltaron algunos que con sus errores sobre la historia y el carácter de la Iglesia consiguieron casi destruir su tibia fé.

Por algun tiempo el recuerdo de su difunta madre combatió estas perniciosas doctrinas; pero despues perdió su influencia, y la jóven, venerando siempre la memoria de su madre, se sonrió algunas veces de la sencillez de su piedad.

En medio de sus estudios, casi habia olvidado á Nancy.

Esta ya no asistia á las lecciones de Ana, pero conservaba en su corazon la memoria de lo que habian aprendido juntas,

y sin ambicion literaria, se ocupaba de los quehaceres domésticos; hilaba, hacia media, batia la manteca, escardaba la huerta durante la semana, y los domingos iba á la Iglesia para honrar á Dios con toda su alma. Toda su ciencia se reducía á amar á Dios y á su familia. Tambien amaba á Ana, pero la veía rara vez, y solo podia expresar su afecto rogando al Señor por ella.

Estas dos vidas al principio tan unidas, se separaron más y más. Nancy á los diez y nueve años se casó con permiso de sus padres con un honrado jóven llamado Gaspar, mayoral en una fuerte casa de labor de Vonvray. Quince dias despues casóse Ana, prévia la venia paternal, con un jóven del gran mundo, llamado Fabian de Eronard, con el que habia de vivir alternativamente en París y en una posesion del Franco Condado.

Ana, amante de su marido y ávida de conocer otro género de vida, dejó casi sin pena la mansion en que pasaron tranquilamente los primeros años de su vida; derramó algunas lágrimas al acordarse de su madre, besó á Nancy, se despidió de su padre, y se marchó sola con Fabian para engolfarse en ese egoismo de dos personas, en ese aislamiento en medio del mundo, que convierten en oasis los corazones amantes.

¡Extraño caso! sus esperanzas no fueron defraudadas. Halló en su enlace la felicidad intima que produce la simpatía

absoluta de dos almas sin deseos ni penas. Un hijo llamado Fabian, como su padre, vino á dilatar las perspectivas de la felicidad de Ana, y su alma ardiente nada veía más allá del tiempo presente, ni de aquellos felices días que creía durarian siempre. Entre estos sentimientos personales y terrestres extinguióse su vacilante fé. Ana, por otra parte, estaba bajo la influencia de su esposo, que, ligero y escéptico, pronto la convirtió en burlona é indiferente. Algunos libros malos, el trato con gente incrédula y el mal ejemplo de mujeres sin fé, consumaron la ruina de su alma, y Ana vivía tanto más tranquila en su olvido de Dios, en cuanto eran puros y licitos los sentimientos de su corazón, sin pesares ni remordimientos. Ignoraba que Dios celoso quiere las primicias de nuestros más santos afectos y exige de nuestra vida el diezmo del pensamiento que le busca, de la voluntad que se adhiere á la suya, y del amor que corresponde á su amor. La Próvidencia la envió la felicidad para que su alma satisfecha se dirigiese al cielo como oloroso incienso ó suave perfume, y fué sorda á este dulce llamamiento de la divina Bondad; ¿lo será también ante la prueba del infortunio?

Habian pasado muchos años en esta tranquilidad sin otro suceso que la muerte del conde de Vauvres, cuando estalló el rayo en este sereno cielo.

El tifus, enfermedad fatal para los jóvenes, y que se ceba en los más hermosos

y robustos, acometió á Fabian, y en pocos dias puso en peligro su vida. Ana vió irse extendiendo la palidez terrosa de la muerte cual velo siniestro sobre el semblante querido de su esposo; oyó salir de aquella boca que tantas dulces palabras habia pronunciado, las divagaciones de la calentura; miróla Fabian y no la conoció. En los recargos violentos de la fiebre recibió la Extrema-uncion, y murió sin conocer á su mujer y á su hijo. *El Hijo del Hombre vino en la hora en que no se le esperaba.*

Ana estaba sola con su niño, que no comprendia por que lloraba su madre.

Un dolor sombrío y de desesperacion agobió su espíritu... Para algunos el dolor es yugo saludable que vuelve el cristiano extraviado á los brazos de su Dios, y que le hace exclamar con David: «Bueno es, Señor, que me hayais afligido...» para otros la áspera desesperacion es un estímulo para la insubordinacion, una excitacion para la murmuracion... Ana fué de estos; y en su feroz dolor se indignaba contra el Arbitro supremo de la vida y de la muerte, que la habia arrebatado á su esposo querido: su rebelde corazon se desahogaba en amargas quejas, en recuerdos crueles, en atrevidas recriminaciones, y débil criatura, solo dejaba esta insensata lucha para caer en los abismos de la desesperacion. En sus lágrimas no habia dulzuras, ni esperanzas en aquella noche profunda de su alma ocupábase solo del pasado, de Fabian y de su amor con una impa-

ciente obstinacion, que venia sin cesar á chocar con el obstáculo eterno de la muerte.

III.

El mundo escéptico, que trataba Ana y que habia concedido breve duracion á su profundo pesar, se engañó, pues despues de muchos años de viudez, quedó sepultado en su corazon y la preservó de nuevos afectos. Para llenar el horrible vacío de su alma se dedicó al estudio, á que siempre fué aficionada, y procuró apasionarse por los sistemas filosóficos, por las poéticas teorías y por las prescripciones regeneradoras y sociales que profesaban sus amigos.

Extravióse en las nebulosidades de la filosofía alemana; creyó descubrir con Fourier otros mundos; patrocinó los errores que el teatro y la novela ponen en circulacion ó la moda; buscó en viajes lejanos nuevas emociones y frívolos entusiasmos; visitó á Atenas, y se conmovió ante el recuerdo de Pericles; vió el Foro, y pensó entusiasmada en Ciceron y en César; pero nada sintió cuando recorrió en Jerusalem el Gethsemani y el Calvario; y pasados muchos años en el torbellino del mundo, en agitaciones literarias y en viajes remotos, llegó á la edad viril más triste y deconsolada que en los días de su mayor afliccion.

Quedaba su hijo. Lleno de gracia y de sensibilidad en la niñez, mucho bueno pro-

metia su adolescencia; pero no bien tomó posesion de sus riquezas y libertad, sus pasiones sin freno dominaron su alma.

Una educacion sin Dios produjo sus naturales consecuencias.

Sobrecogióse de temor su madre ante los desórdenes en que, implacable consigo mismo, perdía juventud, salud y dinero; y aquellas engañosas sentencias que quizás ella misma habia aprobado: «La juventud necesita divertirse y aprovechar su tiempo... Coronémonos de rosas, gocemos...» estas máximas de la sensualidad le parecieron horribles cuando vió que devoraban en su hijo lo más hermoso de su juventud.

Y cuando le rogaba que se contuviese, que reflexionase y que no prodigase en vano el tesoro de sus afectos, la flor de su vida y la delicadeza de sus sentimientos, la tomaba á broma, ó contestaba con buenas palabras, ó con algun chiste escéptico.

No ejercia influencia alguna sobre él, ni podia tenerla, porque sólo Dios da una santa autoridad á los padres sobre los hijos, y nunca Fabian oyó invocar á su madre este santo nombre.

Las manos que no se juntan para orar, no pueden tener por mucho tiempo el centro maternal.

Concluía una noche estrepitosa del Carnaval de 1855. Ana, que habia recibido algunos amigos, aún no se habia acostado, y se entretenía sola leyendo un pasado li-

bro, de moda en aquellos días, de un escritor que se proponía destruir el Cristianismo y negar hasta la existencia del Salvador de los hombres.

Inclinaba su cabeza fatigada sobre aquellas páginas, que serían funestas á no ser fastidiosas para la mayor parte de los lectores; pero distraíala muchas veces el recuerdo de su hijo. Fabian no había vuelto á su casa; y aunque esto ya era para él una costumbre, sin embargo, una secreta inquietud oprimia el corazón de su madre.

Los ruidos desordenados de la calle, los gritos salvajes, las risas estridentes de las máscaras, la lívida claridad del día, que hacía palidecer las bujías, el cansancio, el insomnio, la tristeza árida del libro, todo aumentaba su malestar.

Aproximóse á la ventana y levantó la cortina: la calle estaba cubierta de espeso lodo, en el cual se movían parejas que se retiraban tarde, polichinelas, árabes, caciqueo, pastores y pastoras, todos asquerosos de palidéz y desórden á la claridad del Alba. Ana separó de ellos su vista con disgusto...

En aquel instante sonó una campana clara y vibrante: era el *Angelus*.

Miércoles de Ceniza, se dijo Ana; en otro tiempo íbamos mi madre y yo á tomarla al templo y á oír la sentencia que nos recuerda somos polvo... ¡Pobre madre! creía despertarse después de la muerte!... Error, dulce error!... ¡ay de mí!

Y seguía en sus tristes reflexiones, cuando el rodar de un carruaje y el ruido de la puerta cochera que se cerraba, la recordaron su primera idea.

—Ya vuelve Fabian, ¡qué cansado estará! ¡Pobre hijo mio! esta vida de placeres me lo mata.

Y pasó á un saloncito que daba sobre el patio donde vió el carruaje de su hijo.

Va á dormir, se dijo á sí misma; le veré despues. Pobre jóven, tan amado y solicitado...

Un criado abrió la puerta y dijo:

—Un sacerdote deseaba hablar con V...

—¡Tan temprano! no importa... vendrá á recoger alguna limosna.. Sí, sí, que pase.

Y se sentó junto á la chimenea, sin reparar en el criado y en su actitud de espanto, y buscó su bolsillo porque Ana, de todas las tradiciones de su madre, habia conservado la de la beneficencia. Abrióse la puerta segunda vez, y entró sin ser anunciado un anciano sacerdote.

—¿Viene V. por alguna limosna, señor cura? dijo Ana deseando concluir pronto una visita tan matinal.

—No, Señora, respondió el anciano. Dios recompense su caridad. Soy mensajero de desgracia...

—Mi hijo, exclamó levantándose como empujada por invisible mano. ¡Fabian!

—El me envia.

—¿Donde está? ¿no acaba de entrar?

—Yo, señora, he venido en su coche.

—¿Donde está? repitió con angustias mortales.

—Señora. resignese V. y ofrezca á Dios su pena.

Ana miróle con espanto, porque todo lo habia comprendido.

—¡Muerto! dijo, ¿cómo? ¿donde? ¡hable V.!

—En desafío, despues de cenar... Pasaba cerca despues de auxiliar á un moribundo, cuando oí gritos; vi á su hijo de V...., pude asistirle y espero que Dios le habrá recibido en su misericordia...

La pobre madre hizole señas de que se retirara, pero el sacerdote no se atrevió á complacerla: entró entonces en su habitacion, y con la calma horrible que sigue algunas veces al primer dolor, se volvió á sentar y tomó el libro que habia dejado. Eran las obras póstumas de Lammennais. Involuntariamente fijó su vista en las palabras siguientes:

“¿Quereis que os diga lo que es el mundo? Una sombra de lo que no existe, un sonido que no viene de parte alguna, una carcajada de Satanás en el vacio.”

Leyó maquinalmente estas palabras, y dijo en voz alta:

—Todo ha concluido... nada despues de esta vida... ¡ah! ¡esto es horrible!

Entraron las criadas llamadas por el sacerdote, y la encontraron sin conocimiento.

IV.

Ana no sucumbió, porque el dolor mar-

tiriza, pero no mata; y aunque el pensamiento del suicidio se presentase con frecuencia en su cerebro enfermo, la detuvo una oculta vergüenza, el temor de llamar la atencion.

Disgustada de todos, buscando como cierva herida un lugar aislado para sufrir y morir, salió de Paris y decidió vivir en sus posesiones de Vonvray, á donde no habia vuelto despues de su matrimonio. Así lo hizo la señora de Eronard, que en una hermosa tarde de Abril entró en aquel lugar desierto, antes tan animado y dichoso.

Reconociólo todo, porque su alma habia sido fiel á los recuerdos de sus primeros años.

Los rayos del sol poniente enrojecian los cristales de las ventanas del castillo; los árboles descubrian las puntas encarnadas de sus nacientes hojas; millares de margaritas blanqueaban el césped, y se oian en los campos las voces alegres y animadas de los pastores y de los aldeanos que labraban las viñas; paisaje siempre tranquilo y risueño; pero Ana no sabia sentir las bellezas de la naturaleza, y sin fijarse en el parque lleno de lilas y embalsamado con los primeros olores de la primavera, entró precipitadamente en la casa, cuyo aspecto, por mucho tiempo inhabitada, era sombrío y armonizaba más con sus sentimientos.

La señora de Eronard estuvo muchos dias sin salir de sus habitaciones, donde

vivia con el retrato de sus dos Fabianes y algunos libros traídos de París; no recibía á nadie ni abría las cartas que la dirigian.

Consumida de tristeza, sin lazos sobre la tierra ni esperanzas de otra vida, pensaba siempre en aquel pasado que no existía, y que cual vana sombra se escapaba de sus brazos abiertos para cogerle, y en aquel misterioso porvenir que procuraba no creer, y sin embargo la causaba espanto.

El impío cuando niega, aún duda; el cristiano con su fe, goza ya de lo que espera. También la memoria de su madre se la presentaba como la mujer fuerte, que confiada en las promesas divinas, supo oponer á la muerte la tranquilidad del justo. Y resolvió visitar su sepulcro, y salió por vez primera del castillo dirigiéndose al cementerio de la aldea, donde habia sido sepultada la Condesa en medio de los pobres que tanto amó y de sus colonos que la veneraron.

También estaba allí el conde de Vauvres. Dos losas de mármol blanco y dos cruces góticas designaban aquel doble sepulcro. Quedóse Ana sorprendida al ver plantadas flores de todas clases sobre aquellas tumbas: alguien cuidaba todos los días aquel feston de violetas, rosas tempranas, ranúnculos y narcisos; y dos madreselvas se enlazaban sobre las cruces. Ana se arrodilló por un movimiento involuntario, pero no pudo ni quiso orar.

Sus lágrimas, mucho tiempo contenidas, corrieron con amargura por sus mejillas, y se desahogó su oprimido corazón... Pasos lentos que resonaron entonces, llamaron su atención; volvióse y reconoció, después de treinta años de ausencia, á un anciano que era el sepulturero de la parroquia.

—Gatien, le dijo, ¿quién ha plantado tan hermosas flores sobre el sepulcro de mis padres?

El anciano no la conoció, y sólo entendió á medias sus preguntas

—Quién ha de ser, dijo murmurando, sino la vieja Nancy, que viene siempre aquí á plantar, escardar y rezar su rosario. A fe mía, que así lleva treinta años... Nunca he visto persona tan consecuente.

—¡Nancy! dijo la señora de Eronard, ¡pobre y excelente mujer! ¡Casi la había olvidado!... ¿Y dónde reside?

—¡Pardiez! en su misma casita, allá abajo... Ahora está sola...

—Iré, se dijo Ana.

Y cogió una rama de un sauce que crecía junto á las sepulturas, dió una moneda al sepulturero, que la tomó meneando la cabeza, y echó á andar por un camino que no había olvidado desde su niñez.

Muy pronto divisó la casita vieja, construida con ladrillos y cubierta con una yedra y una parra que la estrechaban por todas partes.

Un campo de centeno, un prado, donde pacían una vaca y tres cabras, y una

huertecita constituían la modesta propiedad de Nancy.

La puerta estaba abierta: Ana, que se detuvo en el umbral, pudo ver varios muebles antiguos de nogal que antes estaban en casa de Filiberto, conservados con exquisito cuidado; una imágen en yeso de la Virgen y algunos grabados toscamente coloreados adornaban aquella pobre habitación: entre los últimos, los generales y los Santos estaban confundidos, é indicaban haber sido elegidos por un militar y una mujer.

La rueca estaba junto á la chimenea; la habitación estaba desierta; pero pronto se abrió la puerta interior, y una anciana que llevaba una jarra de leche entró, y se detuvo atónita ante la señora enlutada, que la aguardaba y miraba atentamente.

—Nancy, dijo la señora de Eronard, ¿no me conoces?

—¡Dios mio! ¿Es V., señora, mi querida señora? Sabía que estaba V. en el castillo; pero no esperaba verla, porque he ido muchas veces y me decían que no quería V. recibir á nadie.

—¡No te he olvidado nunca, querida Nancy!

—Y yo todos los días pedia á Dios por V., como si fuese de mi familia. ¡Cuanto ha sufrido V.! y á mi también me ha visitado nuestro Dios... Pero su santa madre de V. decía que solo affige á los que ama.

—¡Pobre mamá! con ella empezaron mis

penas. ¿Sabes, Nancy, que soy viuda y que perdí á mi único hijo?

—Lo he sabido, amada señora, y también he llorado como V., porque sé cuanto cuesta al corazón... y todas las semanas rezo el Rosario por sus difuntos, para que Dios los lleve á las eternas alegrías.

—¡Usted, reza! ¡Oh! ¡cuan dichosa es V.!

—¡Ah, señora! si no pudiese rezar por los que ya no viven, me consumiría de tristeza, y esto me sostiene... Cuando ruego á Dios por mis padres, por mi esposo y por mi hijo, mi amado Félix, me figuro que el Señor les permite ver que pienso en ellos, que nuestras almas viven juntas, y que los amo como cuando vivían, y esto me consuela... Pediría por los muertos noche y día sin cansarme.

Ana no respondió; envidiaba á aquella pobre mujer, que en el naufragio de sus afectos había sabido echar su áncora en el cielo. Dijo al fin.

—¡Usted también ha perdido un hijo!

—El único que Dios me ha dado; un hijo... era soldado... marchó con su regimiento á Crimea, y murió del cólera en el hospital de Va...

—De Vama.

—Sí, señora ¡oh! murió como un santo: me escribió que me echaba de menos, y que sin eso estaba muy contento de ir al cielo. Porque tenía muy buena conducta, ¡era tan piadoso! me parece que le veo allí con los militares san Jorge y san Sebas-

tian, cuyas vidas nos leía su madre de V.

—¿Y no ha tenido V. otros hijos?

—Sí, señora, una niña llamada Virginia, porque así se llamaba la digna madre de V., mi protectora. Y se la asemejaba mucho; buena y dulce como ella, es hoy Hermana de la Cruz de San Andres. Muy lejos está de aquí, pero sé que es dichosa, y hace caridad. Aunque pobre aldeana, tengo una hija que es esposa de Nuestro Señor, ¡grande consuelo para mí!...

—¿Pero está V. sola?

Por poco tiempo, porque ya no soy jó-ven, y pasados algunos años, quizá algunos meses, volveré á ver á mis amigos de la tierra en la casa de Nuestro Padre que está en los cielos. ¿Se acuerda V., querida señora, de lo que nos leía su mamá en el Nuevo Testamento?

«El ojo del hombre no ha visto, ni la oreja del hombre ha oído, ni el corazón del hombre ha comprendido, lo que Dios tiene reservado á los que le aman.»

—¿Y no teme V. la muerte?

—¡Ah! señora, yo no digo eso; mis pecados me causan miedo, pero el señor cura ha dicho, y yo lo creo, que servimos á un buen amo, y cuando tiemblo me oculto en las llagas de Jesucristo, y me digo que no querrá condenarme, que me dará su eterna bienaventuranza.

—Nancy, ¡cuán dichosa es V. en creerlo así!

—Y V., querida señora, que es tan ins-

truida, debe orar mejor que yo y amar á Dios más que yo, porque cuanto más se le conoce más se le ama.

Ana suspiró, estrechó la mano de Nancy y le dijo:

—Puesto que V. ora, ruegue á Dios por mi.

Regresó al castillo triste y pensativa. No podía olvidar á su amiga, pobre mujer aislada, sin riquezas ni afectos en la tierra, y veía sin cesar su tranquilo semblante en que el dolor y los trabajos habían dejado profundas huellas, pero que manifestaba la paz del alma justa: pensaba en el sublime lenguaje y en los nobles pensamientos de la aldeana ignorante que nada sabía de la tierra, pero que poseía con tanta seguridad todo lo del cielo; y comparaba su vida, sus sentimientos, sus ideas y aún sus afectos, y se veía inferior á la pobre Nancy.

¡Cómo los ama! se decía, y ¡cuán dichosa es en esperar otra vida! ¡Ay de mí! Cuando pienso en mis dos Fabianes, sólo puedo ver en ellos un puñado de polvo, una sombra, ¡nada!... Y Nancy ve á los suyos en una perpétua luz confundidos con los Angeles... ¡Dulce y noble error!... ¡Oh! ¿por qué no he conservado la fe de mi madre?

Se durmió, despertó con estos pensamientos, y durante muchos días no abrió los libros que había traído de París. No leyó más, pero reflexionó mucho... Salía muchas veces á visitar el sepulcro de su

madre, y se dirigia despues á la casita de Nancy.

La pobre aldeana era siempre la misma: nada alteraba la serenidad de su semblante un poco melancólico, como un hermoso paisaje cubierto de niebla, y manifestaba en sus largas entrevistas la misma confianza en Dios, la fe y la esperanza tan firmes que sorprendian á Ana, porque no conocia ni le eran familiares los pensamientos y el lenguaje de los cristianos.

Sin embargo, el orgullo de la incredulidad, minado en sus cimientos por la adversidad, no dudaba ni se mofaba ya de las piadosas creencias de Nancy: la señora de Eronard oia pensativa á su anciana amiga, que hablaba siempre con gusto de Dios, y cuanto más conocia aquella alma, tanto más la causaba profunda admiracion, descubriendo todos los dias tesoros de dulzura, de mansedumbre, de caridad y de paciencia... Todas las bellezas morales que encomia la filosofía florecian en el corazon de aquella mujer sin ilustracion, que apenas sabia leer, que no sabia el nombre de su departamento, y que sólo conocia una cosa, más bien por intuicion que por ciencia:

Dios y su amor.

Y Ana, viendo á la pobre viuda siempre caritativa, servicial y dispuesta á prescindir de sí misma, no podia negar que estas dificiles virtudes provenian de su piedad y del pensamiento de la presencia de Dios, que levantaba y sostenia

el alma de Nancy en esa altura tan difícil de alcanzar y conservar. Su paciencia, sobre todo, le admiraba.

Nancy padecía una dolorosa enfermedad que conllevaba tranquilamente, sin murmuraciones ni quejas, volviendo á sus labores domésticas cuando pasaban las crisis, y hablando sólo de sus sufrimientos para dar gracias á Dios. Ana presenció uno de sus terribles accidentes, y se acordó de una sentencia que habia leído en otro tiempo:

“Y las virtudes más rudas de estóica filosofía vienen á ser como hábitos, y de fácil práctica, en la mujer y en el niño que invocan con frecuencia á la santísima Virgen María.”

En su prolongada vida, semejante á un antiguo camino cubierto de sepulcros, habia visto morir, pero nunca la enfermedad y la muerte se la presentaron con tan augusto caracter; é iluminado su espíritu, decía algunas veces:

—¿Tantas virtudes quedarán sin recompensa? ¿no debe haber otra vida que compense lo incompleto de la presente?... ¿Podría tener esta pobre mujer la idea de Dios, si Dios no existiese? Su cuerpo padece mil tormentos que su alma domina. ¿Perecerá tan noble espíritu con la materia? ¿No será una materia aún más sutil?

Todo esto la preocupaba constantemente, pero nadie sabia el secreto de sus trabajos mentales. Nancy oraba mucho por ella, pero nunca la habló de la diferencia

que habia en su manera de pensar y de obrar; concretábase á hablar con Dios, y como la pobre enferma de las *Veladas de San Petersburgo*, pedia que su amiga amase como ella á Dios... Y cuando esta oracion se dirige al cielo con paciencia desde el lecho del dolor, ¿no debe ser aceptada?...

Ana amaba á la compañera de su infancia y notaba con dolor los estragos que hacia la enfermedad sobre aquella débil naturaleza, para la que nada valian los auxilios de la medicina, quizá un poco tardios. Su alma, antes sin emociones, insensible por el orgullo y la adversidad, se suavizaba insensiblemente al contacto de aquel carácter sencillo, bueno y noble.

Renacian en ella sentimientos mucho tiempo adormecidos, una inquietud afectuosa por el prójimo, su admiracion por virtudes tan humildes é ingénuas, una predisposicion simpática por los otros que ántes nada significaban para ella, pero que tanto amaba en Nancy; y en fin, una duda que la hacia decir algunas veces:

—¿Poseeré yo la verdad, ó Nancy, la ignorante Nancy, será más sábia que yo?

Nancy, que poco sabia de las cosas de la vida, no se apercibia de esta lucha interior. Amaba á Ana, y utilizaba el dulce influjo de la amistad en solicitar limosnas para los pobres de la aldea; defendiendo su causa, era casi elocuente, y con los males ajenos se olvidaba de los propios. Ana siempre la complacia, y sus dones como fértil lluvia preparaban su alma pa-

ra recibir la semilla que no debían sofocar las espinas y las piedras.

Nancy se apresuraba á practicar obras buenas, porque sus días estaban contados. Sin embargo, la muerte se adelantó á los cálculos. Ana se ausentó algunas horas para ir á Tours; cuando regresó al casti- llo, fué á la casa de la viuda... En la primera habitacion no habia nadie, entró en la alcoba y un funesto presentimiento sobrecogió su alma... allí vió un admirable espectáculo.

Nancy estaba en su lecho; sus facciones pálidas y descompuestas anunciaban la muerte; junto á ella estaban el párroco y un niño que alumbraba al Santísimo Sacramento. Acababa de comulgar, y su alma, como el incensario del templo, exhalaba perfumes celestiales.

Recogida, absorta totalmente, no hablaba: de repente abrió sus labios, y con acento dulce y modulado recitó el trozo siguiente de un canto popular:

“Puse en el Señor toda mi esperanza, y fué mi fortaleza: conocí su dulzura en la paciencia; y ahora que estoy sola, oye mis súplicas y me llama á la patria celestial.”

Al oír esta voz melodiosa que parecia venir del cielo, el sacerdote interrumpió sus oraciones. Ana permaneció inmóvil, pero el niño unió su timbre argentino al de la moribunda, como un ángel que venia á auxiliarla en su último combate.

Dios, con tan dulces recuerdos, la inducia á concebir santas esperanzas, y di-

sipaba sus dudas ante aquel fúnebre espectáculo; iluminada por la luz del cielo que la llamaba, ya no resistió más. Nancy calló, juntó las manos, y dijo con acento penetrante:

—¡Cuán bueno es Dios y cuán dichosa soy! ¡Voy á verle cara á cara! Un momento más, é iré á mi Dios...

Despues añadió muchas veces:

—¿Cuándo será? ¿Cuándo será?

Levantando, en fin, los brazos con un movimiento vehemente, dijo:

—Héme aquí.

Y espiró, volando su alma cristiana al encuentro del Esposo divino que venia á buscarla.

—¡Muerte sublime! dijo Ana al sacerdote, no bien le permitió hablar su emocion. ¡Qué fortaleza! ¡qué majestad! ¡Y una pobre é ignorante mujer muere así, sin terror y hablando á Dios como á un amigo!...

—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, respondió el sacerdote.

La señora de Eronard levantó los ojos al cielo y dijo:

—Padre mio: ¿cree V. que la conversion de una pecadora pervertida por el orgullo contribuya á la alegría de esta bienaventurada alma?

—¿Quién lo duda?

—Pues bien, la oracion de Nancy ha sido oida... Me convierto á Dios irrevocablemente... ¿Cree V. que me perdone, padre mio?...

—¡Ella rogará por nosotros! dijo el sacerdote señalando el cadáver.

La señora de Eronard fué fiel al llamamiento divino que habia resonado en su alma, y hoy su dolor se amortigua con la esperanza cristiana. Nancy parece haberla legado con su postrer aliento su grande amor al prójimo, y en medio de su pobreza supo dejar á los pobres una poderosa bienhechora: Nancy sirvió al Señor con la oracion y la paciéncia; Ana le sirve con la oracion y la caridad.

FIN.

